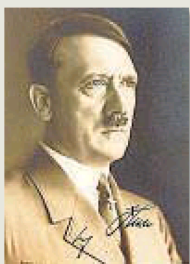
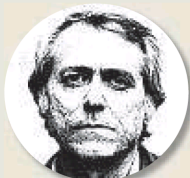




EN LA GUARIDA DEL LOBO
Hasta el búnker de Hitler nos traslada Don DeLillo (bajo estas líneas) en las páginas de «Fascinación». Allí, según imagina el autor, el Führer (abajo) habría protagonizado una película pornográfica poco antes de la caída de Berlín. Junto a estas líneas, el primer ministro británico Winston Churchill visita el refugio de Hitler en 1945



nil narrador escribiendo casi exclusivamente para su generación y aún lejos de preocuparse tanto por la solemnidad zen-aforística de sus páginas más recientes.

La joya de la corona

Ya desde su título original (*Running Dog*, nombre de un medio de prensa que remite automáticamente a la por entonces todavía transgresora y rompedora *Rolling Stone*), *Fascinación* se presenta como una suerte de alucinación *hip-cool* en la que un puñado de personajes delirantes se lanza a la caza y captura de la joya de la corona del cine X: una hipotética y orgiástica *búnker movie* en todo sentido *underground* que muestra a Hitler mostrándolo y haciéndolo todo en los sótanos de la cancillería berlinesa del Tercer Reich, en 1945. Semejante idea –que en su momento podía arrimarse a las inquietantes entropías de Vonnegut y Pynchon– parece hoy más cercana a la degradación en clave de esperpento de los *gloriosos bastardos* de Quentin Tarantino o al delirio tentacular legendario y urbanístico de las series televisivas de J. J. Abrams.

Pero, aunque desde el aquí y ahora la gracia y la novedad se hayan perdido un poco, se mantiene el valor del imaginario y de los teoremas de Don DeLillo: su temprana

obsesión con lo filmado y lo filmable porque «el siglo XX está hecho de celuloide como materia casi siempre portadora de catástrofes y malas noticias», la manipulación de figuras históricas pasadas por el filtro de la histeria y, como bien apuntó el crítico Frank Lentricchia, la firme convicción de que «la forma y destino de nuestra cultura acaba dictando la forma y destino de nuestro yo».

Y esa forma y ese destino –en DeLillolandia– a menudo están perfumados por conjuras varias, redes clandestinas y la paranoia como estado de ánimo general.

Así, a la joven periodista de piernas largas Moll Robbins, de la alguna vez contestataria *Running Dog* y ahora especializada en surtidas teorías de la conspiración, le llega el rumor –mientras prepara un dossier sobre el negocio del sexo– de la existencia de «la pieza definitiva de la decadencia del siglo»: Hitler al desnudo, el Arca Perdida del *hardcore*. Ella es una heroína decididamente «moderna» porque –DeLillo otra vez– «no se podrían ubicar actos y actitudes como los de ella en torno a una mujer del siglo XIX... El mal, la maldad que la rodea es un tipo de maldad marca siglo XX».

Vertiginoso remolino

Pronto, enseguida, Moll Robbins –«la brújula de toda la avaricia, de todas las maniobras de acceso al poder y plaga de imperfecciones que dificultan la ubicación de su centro moral», como la definió su creador en una entrevista– se absorbe por un vertiginoso remolino de personajes más fanatizados que fanáticos. Un catálogo que incluye varios cadáveres, senadores adictos a la erótica coleccionable, agentes secretos que solo se acuestan con mujeres casadas, mafiosos en celo, operaciones secretas *made in Vietnam*, crípticos organismos gubernamentales que deciden independizarse e ir por libre, y hasta la luminosa sombra de un coloso del séptimo arte.

Al final, DeLillo, en un capítulo técnicamente brillante, nos proyecta esa película que todos quieren tener pero que nadie ha visto. Y –nada diré aquí– lo que resplandece y se mueve en la pantalla plateada no es lo que todos esperaban ver de parte del «famoso bigote». Pero resulta igual de conmovedor.

Sensación esta desconcertante y gratificante y tan fácil de trasladar a todos los fans del autor, que harán bien en pagar la entrada para disfrutar de esta reposición; aunque no faltarán quienes digan que el *twist* final de *Fascinación* es más propio de un relato que de una novela. Para todos ellos, *coming soon* el próximo septiembre, Seix Barral estrenará la esperada novedad de *El ángel esmeralda*, volumen que cabe ubicar dentro del apartado de «Lo recomendable» y donde se reúnen las ficciones breves –los, sí, cortometrajes– de Don DeLillo.

RODRIGO FREÁS

GARCI Y SU CIRCUNSTANCIA



MIRAR DE CINE

JOSÉ LUIS GARCI

Prólogo de
Luis Alberto de Cuenca
Notorious Ediciones
Madrid, 2011
175 páginas, 15,95 euros

★★★★

La ástima lo de la errata en el título, aunque el que se puede leer en la portada del libro, *Mirar de Cine*, contiene ya la invitación a una sospecha que se volverá certeza nada más terminarlo: se debiera titular, en realidad, *Admirar de Cine*. Se le ha caído una partícula, un botón, pero conserva anudada la esencia de este verbo de principio a fin, y uno entra a la lectura sorteando el signo de admiración y sale de ella topándose con él cabeza abajo. Nada hay aquí que no provenga de la mirada entusiasmada de su autor, que la vierte en los lugares y tipos más diversos, lejanos y cercanos, sea el Blue Bar del hotel Algonquin, sea en su propia infancia, en sus secretos y emociones desdobladas, alisadas y leídas con su voz de entonces, sea en un *western* de Mingote, en un cartel de Enrique Herreros, en el cristal de una elegía a Brando que se empaña justo después al hablar del hombre que nunca mintió, Julián Marias; también en el *ja-piverdi* que le canta a los 90 años de Gil Parrondo en un portentoso retrato que empieza a caminar con las piernas de Jean Harlow y termina en un pueblito asturiano, Cabañaquinta, el *Brigadoon* particular de Parrondo, su *rosebud* propio, de donde (nos dice) jamás se ha ido...

«Otro» vistazo

Nunca sabremos lo que no le gusta a Garci porque siempre nos habla de lo otro, lo que le entusiasma, lo que le obliga a puntuar con signos de admiración, lo que le arranca una mirada comprensiva, inteligente, emotiva. *Mirar de Cine* es un vistazo al tendido de lo que conforma su mundo; en realidad, no «un» vistazo, sino «otro» vistazo a lo que él ha ido llamando *Morir de Cine*, *Beber de Cine*, *Latir de Cine*, *Querer de Cine*...

Dice en el prólogo Luis Alberto de Cuenca que este mirar al tendido de Garci está abierto a un género de libro misceláneo en el que cabe todo, y es cierto, siempre y cuando tras ese «todo» se suponga implícito el acabado de la frase: todo... lo que le produzca el fulgor de la fascinación y el impulso de adorarlo; Garci es un Cyrano de sí mismo, que se oculta tras sus dedos para recitarle a lo que ama.

Sesión continua

Tal vez la casualidad ha hecho que sean catorce las miradas (artículos) que se agrupan en este libro, como los versos a Violante, y que ellos arranquen con endecasílabos dedicatoria, «A José Luis Merino, amigo del alma», y con un elogio a la poesía del cine de sesión continua, pero es como un lebrillo para seguirle el rastro... ¿hacia dónde?... Pues hacia ese lugar que no está en los mapas sino en su reverso y que cuaja en un emotivo viaje hacia «antes» que él titula «Aviso de conferencia» y lo dedica a Alberto Elías, in memoriam, su amigo de siempre. Un repaso al lugar que ha ido ocupando el teléfono en nuestras vidas, salpicado de recuerdos, de películas, de elogios y gratitudes a un aparato que para Garci aún se descuelga; sí, cualquier juez del mundo, al carecer Garci de móvil, tendría que considerarlo un hombre inocente.

Es un libro sin la losa del tiempo, que lo mismo convierte el ya en *perpetuo*, como en «The Champ», artículo publicado en la Tercera de ABC cuando España ganó el Mundial de Fútbol, que lo *perpetuo* en ya, como esa urgencia por Galdós o el fognazo de una frase, como esa que le toma prestada a Ortega de que el cine se ha hecho para sacar al hombre de su circunstancia.

E. RODRÍGUEZ MARCHANTE

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern: 000.6364.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW